

TARDE

...y cuando llegas tú la tarde tiembla
igual que una paloma
en las manos de Dios,
a punto de soltada en el nacer del mundo.

Y luego, todo cobra
antigüedad pristina,
serena y apacible,
cuando te sientas tú
sobre el banco de piedra, en la espera tan duro
y ahora blando contigo,
cálida y sazónada como un fruto
de tierra primitiva.

Rasgan la seda azul del aire anochecido
con arcos ojivales los vencejos
negros como tus ojos...

Y aquel monte lejano
semeja un grande seno
de la madre absoluta
que se ofrece a los hijos
del amor infecundo...

CONRADO SANCHEZ ESCRIBANO

RECORDANDO...

(Que es gerundio...)

LA fiebre del periodismo que a casi todos ¿quitamos el casi? nos ataca más o menos sólo con colgar de un clavo en nuestro cuarto de estudio el flamante título de Bachiller, en mi se presentó con una alarmante subida de temperatura. Antes de adquirir mi Título, ya había hecho varios ensayos «tirando» un engendro periodístico sobre una pasta gelatinosa con tincta anilina y clichés de suela o de cartón. Del que más me arrepiento fué de una revista satírica publicada los domingos aprovechando la tarde del sábado, que titulé «El perro de presa». El morbo me atacó de firme. Después de muchos años, ¡ay! demasiados, Paco Torres, (hoy don Paco Torres Daza) dijo de mí:

—Castell es escéptico en todo lo que no sea literatura; y, para eso, lo mismo le da el *Quijote* que el *Juanito*.
¡Inolvidable Paco Torres! Salve.

* * *

¡Qué diferente este Rafael González Castell renunciante, apático, indiferente, de aquel otro de antaño: acometedor, enérgico, hinchado de ilusiones. Ahora no soy más que un viejecito vegetativo y resignado.

Aquel YO cuando supe apenas pintar las letras de molde y juntarlas para formar palabras, fundé mi periodiquito de los sábados con el título ya dicho, y a los once o doce años de mi vida escribí una novela de aventuras llamada «Juanillo o el salteador de diligencias». Enrique de Mesa y Rosales, el inolvidable poeta castellano, y, entonces, casi también un niño nacido antes que yo siete años, me alentaba y dábame útiles consejos. ¡Gran amigo Enrique, que humildemente vivía su vida con el corazón por fuera del chaleco! Su recuerdo me lleva a ensalzar a otros ilustres amigos de mi edad de oro.

Realmente si mi generación no ha sido tan brillante como para envanecerse con ella, tampoco carece de figuras señeras. Pepe Solana, que, como pintor ha heredado las glorias de las más grandes figuras artísticas de todos los tiempos, fué conmigo al Colegio y recuerdo perfectamente de él que a veces se pasaba días y días sin hablar. Condiscípulos míos han sido Pepe Urzáis y Cadaval, último ministro de Hacienda con la República y Andrés Amado, Ministro de la España Nacional, al que llamábamos «el hombre del puro» por el habano que retenía constantemente entre sus dientes hasta el pun-

to de habersele visto con él hasta en las fotografías de los periódicos. Con más o menos diferencia en las edades, de aquellas fechas son don Ricardo Samper y don Leopoldo Matos Masie; los comediantes Pepe Isbert, Ricardo Puga, Alberto Romea, Perico Sepúlveda... y el interesante Manuel Núñez de Arenas.

Manuel Núñez de Arenas era nieto, por la familia de Blanca Escosura, de don José Espronceda y sobrino de don Cristino Martos, hijo, a quien se le llamaba Cristinito para diferenciarle de su ilustre padre. Manuel Núñez de Arenas y Escosura tenía en su casa, calle del Conde de Xiquena, un pequeño Ateneo de vía estrecha en el cual conferenciaron don Genaro Alas, hermano de «Clarín», al que en vez de la jarra de agua sobre la mesa mientras disertaba se le ponía un buen vaso de vino, y Manuel Bueno, que entonces era demagogo y negaba todas las patrias considerándolas simplemente como «criaderos de ostras».

En aquellas fechas surgió entre nosotros Aurea de Sarrá, la bailarina de los pies desnudos.

* * *

Aurea de Sarrá vino de Barcelona con una carta de doña Pilar Millán Astray.

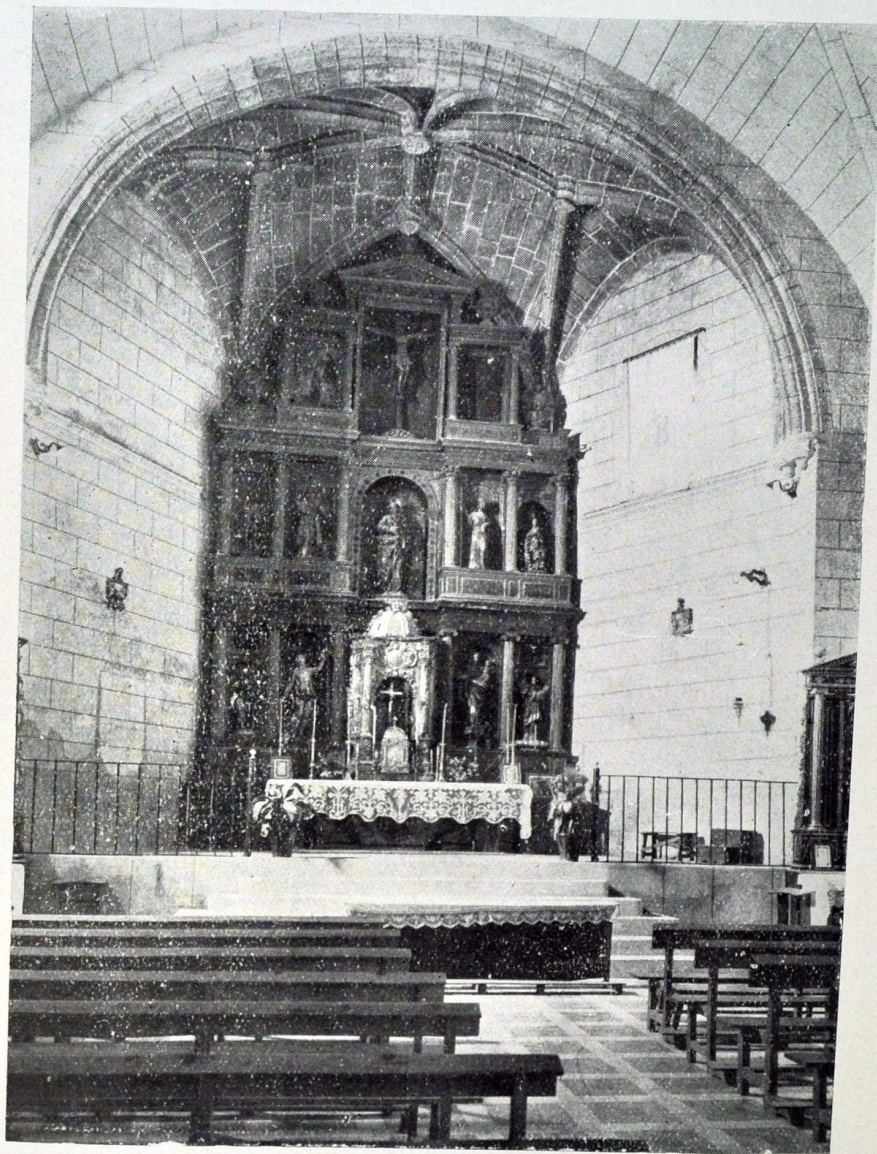
Mujer bellísima y de proporciones monumentales, piel blanca, pelo rubio y ojos claros de estatua, más que para vista en nuestro plano era para contemplarla sobre un pedestal en el arranque de una monumental escalera prócer o incrustada en el frontis de un templo pagano. Siempre iba vestida de blanco, con amplios escotes y cortas faldas (aunque no tanto como las que normalmente se estilan ahora), descalza totalmente y con tantas ajorcas, pulseras, medallas y cadenas como calabrotos en las muñecas que cada vez que alzaba un brazo tan gigantesca y pálida, parecía un fantasma suntuoso arrastrando férreas cadenas. Me la presentaron a mí para que yo, a mi vez y como Director del espectáculo artístico del Casino de la Ciudad Lineal, la facilitase su presentación en el Parque de Atracciones y de allí pasó al Liceo de América bajo la dirección de Daniel Almeida, arrogante Mosquetero.

* * *

Y me dediqué a la creación de un periódico diario. «El diario de Madrid».

Vamos por partes. Un «Diario de Madrid» que no es ninguno de los tres o cuatro que con el mismo nombre se conocen. Este «Diario de Madrid» se intituló «Periódico sin periodistas». Esto fué aproximadamente por finales del año 1916. No consulto notas ni tengo antecedentes. Recuerdo que fué por cuando las neutralidades del Conde de Romanones.

Un hermano mío ya fallecido, Secretario Judicial en Madrid, Diputado Provincial en la Dictadura de Primo de Rivera y dos veces Gobernador Civil en el mismo régimen político, llevaba como Abogado en el ejercicio un pleito interesantísimo en el que la parte con-



ALBUM EXTREMEÑO.—Iglesia parroquial de Zorita (Cáceres).—Foto Mas

traría era una Banca judía que unas veces firmaba la razón social con ese inicial del apellido y otras con ceda aludiendo con este truco el cumplimiento de pagos y cobros por no reconocimiento de firmas según conviniera.

Y como el asunto era difícil llevarle a buen fin sin atmósfera, a uno de los coactores de mi hermano se le ocurrió un truco infalible: la Prensa. Había que fundar un periódico propio y exclusivo. Y así nació «Diario de Madrid». «Periódico propio y exclusivo. Y así nació «Diario de Madrid». «Periódico sin periodistas». Porque yo, que actuaba como Director, no lo era. En realidad todos éramos iguales. Todos espontáneos. Y entre los tales espontáneos que quisieron *tirarse al redondel*, se me presentó un estudiantillo extremeño más listo que el hambre, hijo, según me dijeron, de un barbero; que se firmaba «Torbellino» y cuyo verdadero nombre y apellidos eran el de Rafael Salazar Alonso. Tres meses, poco más o menos, después de su aparición dejó de publicarse el «periódico sin periodistas».

* * *

Para enjugar, matizar y animar las columnas del «Diario de Madrid» tuve que interrumpir mis colaboraciones con Paco Torres el ingenioso literato y hombre de teatro, al que conocí en tiempos anteriores por mediación de otro Paco: Paco Murcia Castro. Uno de los doscientos cincuenta muchachos que comenzamos juntos la carrera de Derecho.

Paco Torres, hoy don Francisco de Torres Daza, vivía entonces en la calle de Gonzalo de Córdoba. Allí me presenté con una carta de mi compañero; poco tiempo antes de la una y media de la tarde de un buen día de sol. Me recibió su esposa, que me pasó a un despacho reducido, lleno de simpatía y alegría. Me rogó fina e interesante, con una suave sonrisa de bondad colgada de sus ojos claros, a través de sus gafas con montura de oro, que esperase a su esposo que había pasado mala noche. Y allá, algo pasadas ya las dos de la tarde, apareció mi buen don Paco, encorbado como un interrogante dentro de su cumplidísimo pijama y con un mechón de pelo bailándole sobre su nariz a compás de la tos bronca y seguida. Y cuando pudo hablar, echándome sus brazos sobre mis hombros, como quien cuelga una toalla al sol para que se seque, me dijo:

—Amiguito *Caztel*.

Aquel mismo día almorzamos juntos. Luego, a la hora del café, de sobremesa, me preguntó:

—¿Qué le dijo de mí Paquito Murcia?

* * *

La última vez que ví a Torres, fué una tarde de sol, con ocasión de un viaje que hice a Madrid. (¡Viva Madrid que es mi pueblo!) Fui a saludarle y después de la visita salimos juntos dando un largo paseo por las afueras.

* * *

Paco Torres y yo llegamos en el paseo a Puerta de Hierro don-

de un pobre de pedir, lazarino, purulento, piojoso y manco nos contó sus adversidades y tormentos: sus dolores; sus miserias. Y como Paco Torres le dijera:

—Pero, para vivir así, más vale morirse.
El le contestó, furioso, grandioso en su furor:
—¿Morirme? ¡Nunca!

* * *

Y la última que vi a Rafael Salazar Alonso, fué en Badajoz. Hizo un viaje a esta capital siendo ya prohombre. Tal vez Gobernador Civil de Madrid; acaso Director General de Administración Local. El Gobernador Pacense era el gran poeta don José Carlos de Luna, biógrafo del Piyayo. Rafael Salazar se mostraba «bajo de forma». Yo no carecía tampoco de preocupaciones. Rafael decía:

—Tengo la persuasión de que la muerte me lleva de la mano a todas partes; siento hasta la sensación de la muerte. Entonces apoyo la cabeza sobre la mano derecha y digo a los que me acompañan:— Callad un momento que me voy a morir. Hasta que se me disipa la sensación.

* * *

¿Tanto luchar por vivir, y para qué? Para que cuando nos llegue la muerte el mundo continúe con sus dos movimientos; la civilización siga su ruta, los pájaros vuelvan a sus nidos, las plantas retoñen de nuevo, la vida siga la marcha y la naturaleza se encoja de hombros.

Un poeta español escribió:

Un pájaro que tuve, se me murió.
Una mujer que tuve, se me escapó.
Así son todos los que nos quieren.
Así son todos. Como estos dos.
Unos se escapan. Otros se mueren,
Y el mundo dice:—¡Vayan con Dios!

RAFAEL GONZALEZ CASTELL



LA FUENTE ENAMORADA

A Julio Trenas.

Sobre tremenda sonería hidráulica
del pedregoso y rutilante río,
van creciendo mis ansias de albedrío
con elegante lentitud cromática.

Presidiendo la noche de la piedra,
peina melena de su yedra el puente,
mientras los pechos de acero de la Fuente
vierten luceros con rítmica cadencia.

¡Siempre novia, novia siempre,
Fuente Chiquita del Puentel!
Siempre novia, novia y siempre
sin que se entere la gente.

Las aguas bajan con prisa
canción de sierra y estrellas;
canción convertida en risa
que se deshace sin huella.
Son las muchachas del agua,
jugando al corro de espuma,
entre pupitres de piedra
que su juventud perfuma.